



POEMAS

Saúl Ibargoyen

Le jour se lève

Una luz retorcida
se levanta desde el polvo.
Osamentas de hormigas secándose señalan
la cifra desprolija de los exilios nocturnos.
Los aires de diciembre se desplazan
a través de una ceniza
que no viene del fuego.
Los perros se lamen la entrepierna
que el cuero violentado no protege.
Las cobijas se desnudan de sus cuerpos.
Las almohadas ya se endurecen
como piedras muertas.
Las bacinicas fermentan
sus burbujas estancadas.
Objetos de hule traslúcido
agriamente se contraen.
Las moléculas del maíz
gritan de hambre enardecida.
Los petates destilan sustancias
de criaturas despedazadas.
Los papeles se disuelven
entre descontroladas palabras.
Las voces los ruidos los eructos demorándose
son iguales a sí mismos
en orejas distintas.
Un hombre sin nadie mira solamente
los zapatos que se mueven
hacia el sitio más exacto
de su única sombra.

Uno enero 1997

El cielo se hunde inmóvil
en una luz vacía.
En la hora inicial
de este almanaque fatigado
leves libélulas se abrazan
junto a una mariposa
de fragmentada color.
Las hormigas pasan
con su salario de hojas
y cadáveres.
Las campanas son agujeros
de silencio corroído.
Por las calles liberadas
caminan otros animales
de oro turbulento.
Hay coágulos de comida
hedionda en las aceras.
Y charcos de vino fácil
y espumas dispersas
y gestos de sudor
y pestilencia.
El cielo no estará
cuando lleguemos a la noche
y las ventanas se cierren
como un vientre adormecido.

La otra flor

Otra es la flor
impregnada de sí misma
mezclando sus olores amarillos
con el aroma más suyo
que empieza a abandonarla.
Es otra en medio
del blancor cansado de sus pétalos:
esas íntimas fibras
soltándose en la cercanía del aire
que el aliento

de una otra muchacha ilumina.
La misma flor se alza
en sus vértebras verdecidas.
Y las manos otras
–viniendo quizá de otras palabras
que son tal vez las mismas–
la hacen vibrar
en una órbita brevísima
que el pelo de la otra muchacha
al siempre oscurecerse
también ilumina.

Espiral

Alguien llega hasta una casa
transitándose por calles de hueso
por avenidas de aire macerado:
autobuses barcas aviones trenes estallan
en espirales de humo pegajoso.
Adentro en algún rincón
de la sala o la recámara
está el equipaje
–que los insectos olvidaron–
con su olor de ropas asfixiadas.
Ese alguien entra
como un antiguo pie
que vuelve a su zapato:
y recoge las maletas
los bolsos el abrigo
y clausura el paraguas
y organiza las bufandas
y los mantos.
Hay comida fresca calentándose
y agua nueva en la mesa
y la rosa de siempre confirma
la fuerza del color
que la hace morir.
Ese alguien baña
con espumas laboriosas
los objetos que dientes

y salivas ofendieron:
habrá luego otras camisas
otro pantalón otros limpios
huaraches en su cuerpo.
En la puerta no cerrada
se mezclan vientos y vapores
señales de sudores y de sombras.
Y ese alguien pasará por ahí
saliéndose viajándose regresándose
estándose siéndose
en el mero sitio
de su oscura médula más propia.
Y la casa quedará
aquí o allí enquietecida
por tanta ciudad
que sin prisa la mastica
con su polvo.

Febrero la luz

La luz que hoy pasaba
por los astros indefensos
y las carnes vegetales
extinguiéndose en el plato.
¿Qué se llevaría de nosotros
esa luz abierta entre espejos
de aquella luz otra ya nacida
para vivir nuestros gestos de mañana?
¿Se iría el cuchillo agresivo
o el clavel adensado en su vaso
o el golpe del riguroso tenedor?
¿En qué lugar tanta ausencia iluminada
habrían de moverse las conversaciones
apartándose de la crecida infanta
en cuyo rostro se multiplican
las cotidianas artesanías de su dios?
En estas horas
desde calles deshonoradas
bajo las primeras fatigas del aire
llegaba la luz:

¿se irían con ella húmedas partículas
de la boca de la moza al despedirse
de aquella presencia tan tercamente humana
cuya memoria completa sería
un doble nombre
para cada distancia de cada después?
¿Se iría toda la chavala
nombrada sí mujermente
con verbo distinto?
¿El hombre se iría
con sus dedos enflacados
y sus labios felices en su vaciedad?
Ni un rastro ni un rango
de nadie de los dos
ningunamente nadie percibe
en la mesa reorganizada
en las aceras transidas
en las ventanas traslúcidas.
Y esa luz aquella
habrá de regresar recuperando
las palabras latientes
los vivos cuerpos
que no dejan de nacer
del oscuro centro
de la muchacha
del hombre
de nosotros.